

Utopía neoliberal: ¿libertad no regulada o capitalismo de hierro?

Neoliberal utopy: Runaway freedom or iron capitalism?

José María Seco Martínez

Profesor de Filosofía del Derecho y Filosofía Política, Universidad "Pablo de Olavide", Sevilla, España

Fecha de recepción: Septiembre 2004

Fecha de aceptación: Noviembre 2004

PALABRAS CLAVES: mercado, capitalismo, justicia, ideología, globalización.

KEY WORDS: trade, capitalism, justice, ideology, globalization.

Abstract. In this study we try to analyse the reason why the mercantile system has invaded our reality and has spread so quickly all over the world. The only social context shared by both, the right wing and the left wing is the mercantile context. There is not any other anthropological sign in the world. Under the aspect of popular capitalism or of iron capitalism, our context nowadays is the capitalist context; the one which has made us consumers and has spread out the taboo sense of money even to the classes who never thought they could own it. For this reason, here we want to insist on the prophetic virtuality of our discourse and in its own Utopian declamation, to understand better why the market has been creating *mechanisms of perfect economic organization*.

Resumen. En este trabajo nos proponemos conocer a grandes trazos por qué el sistema mercantil se ha hecho rápidamente con todo el imaginario, por qué sus dimensiones ahora son planetarias. El único contexto social compartido por todos, tanto por la izquierda como por la derecha, ahora es el imaginario mercantil. No hay otro modo de manifestación antropológica del mundo. Ya fuere como capitalismo popular o capitalismo de hierro, nuestro contexto hoy es el capitalista. Es él quien nos ha hecho consumistas y ha extendido el tabú del dinero incluso a las clases que nunca soñaron con tenerlo. Por eso nos hemos propuesto insistir aquí en la virtualidad profética de su discurso ideológico, en sus propias declamaciones utópicas, para comprender mejor por qué el mercado viene rubricando *mecanismos de ordenación económica perfecta*.

1
Con la caída del telón de acero y la consabida disolución del sistema soviético y sus expectativas de transformación histórica de la realidad mediante la planificación económica central o estatal, el mercado se afianza como el único sistema económico viable, con capacidad de autoridad técnica e institucional, para gestionar los cambios y organizar económicamente nuestras relaciones de reproducción social.

Una vez solo, no tiene reparos en concebirse a sí mismo como el único dotado de racionalidad. Es más, está convencido de que la realidad anida en él. Sabe que no hay alternativas ni hombres que las sostengan. Si estos existen, su resistencia tiene límites demasiado breves. Por eso, sabe que ha persuadido a sus adversarios en primer lugar, de que su fracaso era previsible, que formaba parte del orden de las cosas¹, y que la mundialización de los sistemas de mercado es ya hoy un hecho irreversible e incuestionable. Nada puede detener ya el avance rayano en lo mágico de un fenómeno que sintetiza la realidad con lo inevitable, que pretende re-situar la vieja configuración paradigmática de la sociedad occidental capitalista, y lo que es peor, que se jacta de haber vencido sin violencia, a la manera de una nueva revolución, sin más recurso que el de sus propias declamaciones utópicas, su persuasión y su pretendida “eficacia” histórica.

Su sorprendente elasticidad no ya para procesar y re-utilizar la información de todo punto necesaria para los intercam-

bios comerciales, o para proveer de incentivos bastantes al actuario empresarial para seguir compitiendo - esto es para entender la competencia como un mecanismo de organización de la producción y de determinación de precios y rentas -, sino para coordinar la distribución y/o asignación de recursos por medio del juego de la escasez y la promesa de beneficios, ha justificado el entendimiento general de que el sistema de economía de mercado o de producción capitalista es inmejorable. Que en sus manos de hierro y plata está la eficiencia económica. Qué sólo a él cabe atribuir, en tanto que mediación racional e institución social, la responsabilidad de seguir fabricando, como diría Umbral, *realidades de hombros altos* para sociedades demasiado viejas, ahítas de problemas y contradicciones estructurales a causa de la disponibilidad limitada de los factores productivos y la multiplicidad desordenada e inacabable de las necesidades humanas. Enfrentando así nuestras carencias confía en haber cubierto todas nuestras necesidades.

He aquí el hechizo más audaz de este nuevo liberalismo: la colonización, por medio de la creación de un clima de tranquilidad psicológica y social, de prácticamente todo el imaginario. En él participan hasta sus propios detractores, muchos de los cuales, de manera singular quienes han hecho fortuna conforme a los parámetros de funcionamiento de la sociedad de mercado, residen su ambivalencia teórico/práctica en la necesidad de aguzar sus contradicciones por medio de su reprobación intelectual y el usufructo

isócrono de la facilidad y el confort. Nos guste o no, nuestro contexto hoy es el capitalista. Es el único que hoy puebla nuestra cotidianidad y alimenta nuestros sueños. El único imaginario social que es prácticamente compartido por todos, tanto por la izquierda como por el conservadurismo de la derecha, ahora es el imaginario mercantil. Es él quien nos “ha cambiado pesetas por euros, nos ha hecho consumistas y ha extendido el tabú del dinero incluso a las clases que nunca soñaron con tenerlo”².

“Nos encontramos sumergidos dentro de un cierto discurso omnipresente, que proviene tanto desde la izquierda como de la derecha, tanto de las organizaciones internacionales como de los trabajadores despedidos por sus empresas: puesto que vivimos en una economía globalizada, conformada a la vez por las transformaciones técnicas, por las nuevas unidades transnacionales de producción, por las redes financieras, y en la cual intervienen nuevos países industrializados en los que a menudo se pagan salarios muy bajos, resulta absurdo hablar de la posibilidad de elegir entre distintas políticas; no tenemos otra elección salvo adaptarnos mejor o peor, a las nuevas condiciones de la economía internacional”³

Sin embargo, tras esta confianza en los mercados y sus mecanismos de funcionamiento - que han desplazado al Estado como la principal fuerza reguladora de nuestro entorno social - se abre paso, sin más resguardo que la savia finalista de su propio discurso profético una nueva ideo-

logía excluyente y totalitaria⁴, de ribetes neo-conservadores y añoranzas calladas de imperialismo. Su apuesta será un nuevo capitalismo más recio y vocacional de hombres secretos, graves y austeros, que apenas si se retraen a la hora de celebrar el colosalismo de un sistema de producción económica, con raptos de materialismo y genialidad mecanicista.

II

Claro que, este re-planteamiento metafísico en que ahora se molturan socialistas como liberales, en virtud del cual los designios de la libertad confiada a su tiempo e inercia tienden de manera espontánea a la armonía, no es nuevo.

El arrojo épico del liberalismo, que ha entronizado a la libertad como metáfora humana de la democracia, es decir como el eje que enhebra y da sentido a todo el sistema, y el mesianismo temporal y redentor

El único imaginario social que es prácticamente compartido por todos, tanto por la izquierda como por el conservadurismo de la derecha, ahora es el imaginario mercantil. Es él quien nos “ha cambiado pesetas por euros, nos ha hecho consumistas y ha extendido el tabú del dinero incluso a las clases que nunca soñaron con tenerlo”⁷.

de la acción liberal//capitalista, que sublima las potencialidades del mercado libre en la construcción arcangélica de lo real, ya reinaron en el decimonónico, todo un siglo de realidades netas y post-romanticismo.

Asíes, la eclosión internacional del comercio a lo largo del S. XIX, la revolución industrial y el auge del transporte fueron aquilatando de manera imparable una nueva fisonomía para el mundo, en el que se alterarían los resortes ya congestivos del orden social, las formas de vidas de los sujetos y sus modales, el légamo de sus relaciones, la manera de conocer e interpretar el acontecimiento y, sobre todo, las estructuras económicas.

Este proceso temprano de expansión acumulativa en el que cada logro o innovación constituía el fondo desde el que partían los siguientes y el influjo todavía bullente por aquel entonces de las ciencias de la naturaleza, azuzaron la necesidad de dedicar esfuerzos a la teorización científica del

mercado y sus sistemas que, acorralados aún por el encomio armónico (LEIBNIZ) de la vieja metafísica racionalista, tienden inevitablemente, a causa del automatismo intrínseco de sus mecanismos de funcionamiento, al mejor de los horizontes posibles.

Esta transposición del principio (leibniziano) armonioso natural al ámbito de las relaciones económicas, lo que se ha conocido *vox populi* como el *laissez faire*⁵, se ha sintetizado hasta con soniquete por los historiadores del pensamiento económico clásico en la *mano invisible* de ADAM SMITH. Es a él a quien se ha atribuido de manera insistente por la propia historia del pensamiento económico la doctrina del *laissez faire*. Pero, SMITH únicamente se limitó a proscribir en su obra más cimera, el conocido *Informe sobre la naturaleza y las causas de las riquezas de las naciones* (1776), determinadas actuaciones públicas por su pésima contribución a la

“Nos encontramos sumergidos dentro de un cierto discurso omnipresente, que proviene tanto desde la izquierda como de la derecha, tanto de las organizaciones internacionales como de los trabajadores despedidos por sus empresas: puesto que vivimos en una economía globalizada, conformada a la vez por las transformaciones técnicas, por las nuevas unidades transnacionales de producción, por las redes financieras, y en la cual intervienen nuevos países industrializados en los que a menudo se pagan salarios muy bajos, resulta absurdo hablar de la posibilidad de elegir entre distintas políticas; no tenemos otra elección salvo adaptarnos mejor, o peor, a las nuevas condiciones de la economía internacional”⁸

restauración de la actividad económica general. Que a raíz de este diagnóstico se pueda detraer la exaltación explícita de la no intervención política como principio definidor de sus planteamientos, no es más que otra manera pretenciosa de destilarla. Para remontar la reconstrucción del *laissez nous faire*, será preciso indagar más allá de la obra de SMITH, quizás en los escritos de otros muchos autores (McCulloch, Mill, Mandeville, Berkely, etc).

Sin embargo, no es este el propósito que abrigamos en este trabajo. Cada cosa tiene su tiempo y este no es un buen momento para andarse en un contencioso que no es propicio ni para quienes son maestros en él. Nos interesa tan sólo resaltar la imagen con la que SMITH trataba de apurar geométricamente su visión apologética del mercado como productor armónico de la realidad. Me refiero a esa mano oculta que nos cerca y nos protege, remendando los desengaños y las soledades de un orden social de relaciones individualistas y hombres enloquecidos bajo un cielo vacío. Es la mano anónima que nos ampara de nuestras aflicciones por la vía de la depuración egoísta de nuestra responsabilidad frente a la vida de los demás. Y lo hace con tal presteza, organizando nuestras actividades hacia el mejor de los mundos realizables, que no se hace preciso o posible el llamamiento a los deseos de regulación de los poderes públicos, aquí representados en el dedo admonitor y errático de una mano externa y visible.

De manera más diáfana, sea cual fuere nuestro interés, por sectorial, individual o

fragmentario que este fuese, siempre debelando cálculos e indiferencias a cuanto no sea íntimo, el efecto será el de su transformación invariable en interés común. La conclusión para SMITH es bien sencilla: Dada cuenta nuestra propensión natural al trueque o al intercambio, cuanto más pesada sea tu avidez, cuanto más alobadas sean tus acciones, cuanto más serpenteante sea tú actitud en función de esa idea de rapacidad interior que no hace sino calcular ganancias, más contribuirás al interés general. Como quiera que los fines de la producción jamás serán comunes, cuanto menos restricciones se establezcan al ejercicio de nuestra iniciativa, cuanto menos trabas oscurezcan y parcialicen el desarrollo de la individualidad, cuanto menos se restrinja la competencia, más cercano estará de todos los hombres el advenimiento de un orden social perfecto⁶.

El mercado rubrica así desde entonces y no antes⁷, pese al incremento de las desigualdades en la distribución de la riqueza (de los ingresos)⁸, su disposición y capacidad técnica de arbitrar *mecanismos de ordenación económica perfecta*, en base a principios como los que ya esbozara MARTINEAU en 1834⁹, sin otra colaboración política del Estado que la de justificar jurídicamente los procesos económicos¹⁰. Es decir, en la prevención y sanción de los ilícitos contra la vida y la libertad (por desgracia no las de todos los sujetos), y, sobre todo, contra la propiedad, la seguridad y el tráfico mercantil por medio del cumplimiento de los contratos (el auténtico respiradero de la paz pequeño burguesa)¹¹. Estoy pensando en el cuadro purísimo de la competencia

perfecta y en el juego de paralelas de la teoría del equilibrio.

La competencia perfecta es la metáfora geométrica del pensamiento neo-liberal. Es la representación ideal, impoluta e imposible de los mercados de bienes y servicios, en los que la interacción recíproca de la oferta y la demanda determina siempre el precio. No en vano, siempre en un plano ideal, la escasez de un bien y su consiguiente incremento de precio alimenta las expectativas de beneficios de los agentes empresariales que asumen el riesgo de nuevas inversiones en sectores escasos de bienes. La escasez alimenta la expectativa empresarial de mayores precios, y a mayores precios, mayores posibilidades de beneficios. En la medida en que va desapareciendo la escasez, se van nivelando los precios.

De esta manera, se articula un sistema de aproximaciones constantes a un juego recíproco de equilibrios entre precios, producción y beneficios, que aseguraría un manadero casi eterno de recursos. ¡He aquí el milagro! La fuerza motriz que ya evocara el profesor HAYEK en 1952. A sus palabras nos remitimos: “El milagro consiste en que en el caso de escasez de una materia prima, decenas de miles de hombres pueden ser llevados a ahorrar ese material y sus productos, cuya identidad se podría establecer solamente en investigaciones de largos meses, y sin que se den órdenes algunas y sin que más que un puñado de hombres conozcan las causas(...). Eso es suficientemente milagroso”¹².

Pero, para que este proceso milagroso tenga lugar deben concurrir cuatro factores diferenciados, no menos abstraídos y providenciales:

a) Existencia de un elevado número de compradores y vendedores en el mercado, de tal manera que ninguno de ellos pueda influir en los precios de los bienes. De este modo, los precios pueden ser tenidos en cuenta como datos no cuestionables, *id est*, inequívocos.

b) La indiferencia del actuario mercantil, ya se trate de compradores o de vendedores, sobre quienes acceden a comprar o deciden vender. Quiere esto decir, que cada unidad de un bien determinado deberá ser idéntico a cualquier otro, sean cuales fueren las condiciones para su adquisición o venta, pues caso contrario, de mediar cualquier variación cualitativa por pequeña que esta fuere propiciaría el control de sectores de actividad económica a manos de algunos de sus agentes en detrimento de los demás.

c) La disposición de todos aquellos que compren y vendan de un conocimiento pleno, esto es, perfecto de las condiciones generales del mercado. O sea, que los compradores sepan perfectamente a que precios desean vender los productores, como estos han de conocer a que precios aquellos desean comprar.

d) Y, por último, la libre circulación de todas y cada una de las empresas tanto para permanecer como para abandonar el mercado sin restricciones o condicionamientos de clase alguna.

Uno cree ver en la confluencia de estas condiciones no más que previsiones ideales para un mercado demasiado depurado y de perfiles inalcanzables. Sin embargo, la concurrencia de estos factores fabricaría la realidad del equilibrio, su único paraíso posible. La teoría del equilibrio¹³, por tanto, es otra idealización con la que se pretende obtener mercados simultáneamente en equilibrio, por medio de una sucesión lógica de ecuaciones sincrónicas con soluciones matemáticas idénticas, en los que el valor de la oferta alcance al de la demanda y viceversa en condiciones perfectamente competitivas.

Así puede decirse que en una situación de equilibrio, siempre desde el espacio geométrico e idealizado de un mercado perfectamente competitivo, el coste que requiere la producción de un bien determinado coincide con el valor que el usuario/consumidor atribuye a ese bien. El precio debe ser idéntico tanto al valor marginal del consumidor como al coste marginal de la producción. De esta manera, todos contentos. Unos y otros se hacen más grandes en el mercado. El consumidor maximiza la utilidad de su actividad de consumo y el productor se ufana de sus ganancias ya maximizadas. Ambos maximizan y ambos recuentan “lo mismo que sus posibilidades de vida eterna”, que dijo el maestro CAMUS. Todos optimizan sus intervenciones y maximizan sus resultados. Unos y otros, todos a coro y en acción de gracias, flotan en el espacio sagrado de lo mercantil.

Pero, detengámonos en este punto. En este contexto de mercado libre idealizado

de competencia perfecta es preciso asumir, junto a esta racionalidad económica basada en la competencia y el equilibrio, como hipótesis fundamental la maximización¹⁴ tanto de los beneficios – para la oferta – como de la utilidad del consumo – para la demanda –.

III

Primera hipótesis: La maximización de los beneficios: Qué duda cabe, que la exaltación de la ganancia maximizada de beneficios, entendida como el máximo diferencial existente entre ingresos totales y costes totales, no es más que una mera simplificación ideal de la realidad económica, pues no todas las empresas se afanan en el sólo propósito de movilizar sus inversiones en orden a maximizar sus beneficios.

Este es el estado real de la cuestión. El dismantelamiento del Estado de bienestar como condición de realización de la utopía neoliberal y sus sueños de construcción social perfecta del orden. En nombre de aquélla, parafraseando a HINKELAMMERT, “cada paso destructivo del sistema es celebrado como un paso inevitable hacia un futuro mejor (...). Es la utopía de la sociedad perfecta del mercado total, que anuncia la destrucción como el camino realista de la construcción”²⁸.

Existen proyectos empresariales muy diferentes que tratan de responder a objetivos distintos. Me vienen a la cabeza, amén de las empresas intervenidas públicamente o de las organizaciones sin ánimo de lucro, por su trascendencia creciente en el sistema financiero español¹⁵, las Cajas de ahorro y Montes de piedad. Son empresas privadas, que MARINA J. describe como “empresas de interés social”¹⁶, que se desenvuelven en el mercado con los mismos patrones pero con objetivos netamente sociales. Sus entrañas no son capitalistas (no tienen accionistas). Su objeto societario es la obtención de beneficios, pero su finalidad no es otra que destinarlos a intereses sociales.

Sin embargo, hecha esta salvedad, la obtención maximizada de beneficios sigue constituyendo el objetivo habitual de la concurrencia empresarial en los mercados. Está lo suficientemente extendido como para que pueda constituir el referente compacto predicable a todo comportamiento empresarial.

Nos adentramos así en el principio regulador por excelencia de la realidad capitalista, el móvil preeminente de la vida económica en general, el principio “operativo-regulativo básico del capitalismo”¹⁷ y su mistificación artificial. En su virtud una empresa maximiza sus beneficios cuando no le es posible obtener ningún beneficio adicional incrementando la producción. Es decir, cuando la última unidad producida de un bien o producto determinado aporta exactamente lo mismo tanto a ingresos como a costes.

Este es el afán de la empresa perfectamente competitiva, que trata de optimizar la producción maximizando ganancias, tratando de estirar más y mejor el diferencial previsible entre precios y costes marginales, hasta que ambos coincidan. En otras palabras, la empresa sólo obtendrá beneficios cuando los ingresos adicionales resultantes sean mayores que los costes reales. En el momento en que la producción haga posible la equivalencia o equilibrio entre precios y costes marginales, no será posible optimizar más la diferencia entre ingresos totales y costes percibidos.

Claro que, el creciente desarraigo de la economía productiva ha propiciado la emergencia de una nueva forma de provecho capitalista orientado, no tanto a la retribución normal de la prestación de servicios determinados - sin trabajo, sin servicio real o transformación material -, como a su reproducción especulativa. La recreación de un entramado complejo de apaños o enjuagues, indiferente a sus contrapartidas económicas y humanas, ha supuesto que la preocupación mecánica por el beneficio, ahora elástico y adquirido sin trabajo, se manifieste de manera muy distinta. Dado que su ordenación no se haya vinculada al afrontamiento de las necesidades, que su valor no es real porque no es sinónimo de riqueza y que su eficacia enraíza - no en los fundamentos de la economía real - en los diversos resortes de generación reproductiva y/o fecunda del dinero, su espiritualización se manifiesta de manera muy diferente: A través de una serie de cálculos indefinidos de sucesión reproductiva

de sí mismo en un progreso constante de aproximación *ad infinitum*.

Segunda hipótesis: El equilibrio del consumidor o utilidad maximizada: Quizás sea la utilidad del consumo una de las aportaciones de mayor alcance de la economía neoclásica al reconocimiento del valor de la demanda en la comprensión de los resortes de funcionamiento del mercado y su capacidad para la asignación óptima de recursos. Técnicamente por utilidad se ha de entender el grado de contentamiento que el usuario// consumidor obtiene del consumo de bienes o servicios determinados. Ahora bien, para poder explicar el comportamiento de los consumidores a través del monóculo de los entendidos en *teoría de la utilidad*, es preciso distinguir técnicamente, y suponiendo que el grado de satisfacción del consumidor siempre fuera cuantificable – que no lo es –, dos variables de utilidad indispensables, si queremos acertar a comprender este juego constante de aproximación al equilibrio del consumidor. Hablamos de la utilidad total y de la utilidad marginal.

La utilidad total no es otra cosa que la satisfacción que proporciona el consumo de un bien o servicio determinado. De manera que si aumentamos su consumo experimentaremos lógicamente un incremento de la satisfacción que nos sugiere, desde luego proporcional a las unidades empleadas en aquél. A este incremento se le conoce como utilidad total. A medida que ingerimos más cerveza el aumento proporcional de su utilidad total será un hecho. A más cerveza más satisfacción. A más cerveza más utilidad total.

La utilidad marginal es el incremento de la utilidad total que se deriva del consumo de una nueva unidad de ese bien. Es decir, es el incremento de satisfacción, esto es de utilidad total, que experimentamos cuando consumimos una lata más de cerveza.

Aclarado el concepto de utilidad, veamos como el consumidor se afianza en esta búsqueda del equilibrio. Básicamente su participación en el mercado se reduce a una mera capacidad de elección. Ha de escoger determinados productos o servicios en detrimento de otros, ora porque no satisfacen a modo sus opciones personales y/o sus preferencias íntimas, ora porque no responden a su disponibilidad presupuestaria o de renta. Para maximizar la satisfacción o utilidad que le procura el consumo de *cerveza* debe tratar de ajustar su actividad de gasto de tal manera que no sea capaz de obtener mayor contentamiento mediante otras posibilidades de gasto sobre los mismos bienes, es decir, sobre el mismo tipo de cerveza. El consumidor maximiza su utilidad una vez que la última unidad de gasto empleada en los bienes de referencia proporciona la misma fruición que si se destinara a cualquier otro bien. De manera más sintética, el sujeto consumidor, que gusta de la cerveza, se enfrenta a limitaciones tanto de renta como de precios. Encontrará entonces el equilibrio o maximizará su utilidad de consumo cuando la utilidad marginal del último euro empleado en su adquisición sea idéntica a la utilidad marginal del último euro destinado a cualesquiera otros bienes.

IV

A estas conclusiones acerca del equilibrio se ha llegado imaginando un escenario irreal en el que la interdependencia entre todos los precios y el conocimiento recíproco perfecto entre oferta y demanda dentro del sistema económico parece posible¹⁸. Empero, esta representación del equilibrio jamás podrá verificarse, de la misma forma que no hay paraíso posible. No es más que una composición ideal de una situación irrealizable entre otras cosas, porque necesita del concurso de condiciones competitivas extremas, es decir, perfectas, desconocidas e inasibles: ausencia de incertidumbre, mercados para todos los bienes, inexistencia de influencias externas, etc.

Sin embargo, los deseos de dar alcance a esa genialidad lineal, pero sin oxígeno, de este modelo ascético de competencia pero con apariencia de factibilidad¹⁹, sigue justificando, como condición indeclinable “de aproximación al equilibrio”²⁰:

a) La omisión del Estado como gestor público de los recursos económicos y la depuración de las políticas intervencionistas²¹, que surgieron no sólo para una re-composición institucional de post-guerra, sino para aunar producción económica con distribución de la riqueza, para atajar las no pocas contradicciones existentes entre mercado, democracia y producción social del orden²².

Sólo en un contexto de mercado perfecto realizado en su totalidad o en equilibrio se halla el macizo de unos sueños hasta ahora malhadados. Sólo si se le deja la libertad para hacerlo, sólo si lo nombramos por su nombre y le atribuimos la responsabilidad de asegurar la competencia y organizar la realidad insólita y virgen, habrá orden, habrá progreso y ensanches nuevos para la paz y la felicidad de los seres humanos.

Si existe exclusión social o degradación natural es porque el mercado va perdiendo perfiles y todo se somete al caos organizado de una vida económica demasiado regula-

En fin, digamos para concluir que el uso indiscriminado de la libertad no regulada, que postula este nuevo liberalismo optimista y extenso, ha revalorizado el mercado como sistema de asignación óptima de recursos, pero ha des-valorizado los resultados de la intervención del Estado en la actividad económica. Y, lo que es peor, ha dado origen a un mundo asimétrico³¹ cargado de riesgos para el sostenimiento de la vida humana y no humana. Tiempo ha que los bosques y el torrente de los ríos despertaban emociones. Ahora sólo nos queda el lirismo de la metrópoli y el grado cero de la economía. Lo dicho, estamos borrando el planeta azul.

da o intervenida, o sea porque se restringe toda actuación necesaria al equilibrio. Todo cuanto distorsione este proceso de acercamiento al equilibrio competitivo – la lógica de la solidaridad, los sistemas de protección social y laboral, la actuación sindical, las políticas medioambientales postulantes de otros modelos de desarrollo y, en general, los derechos humanos social y materialmente entendidos – deben desaparecer en la medida en que obstruyen la primacía del mercado a la hora de sustituir la realidad por relaciones sociales perfectas.

A los hechos nos remitimos. Basta un merodeo fugaz para recoger el rastro visible que en nuestro sistema socio-político de organización institucional viene dejando la limitación progresiva de las prestaciones sociales; los procesos de privatización de la gestión de servicios públicos tan esenciales para nuestra constitución política como la sanidad pública, los sistemas de solidaridad intergeneracional o la educación pública; la asunción de criterios propios de competencia y eficiencia para la gestión del funcionamiento de los servicios públicos, llegando incluso a comprometer su auténtica satisfacción; la redefinición del ámbito laboral como consecuencia del desarraigo repentino de su cobertura legislativa para el establecimiento de garantías en el proceso productivo, quedando ahora su determinación en manos de la capacidad negocial, no tanto de los sindicatos – en caída libre –, como de los propios trabajadores,...etc.

Este es el estado real de la cuestión. El desmantelamiento del Estado de bienestar como condición de realización de la utopía

neoliberal y sus sueños de construcción social perfecta del orden. En nombre de aquélla, parafraseando a HINKELAMMERT, “cada paso destructivo del sistema es celebrado como un paso inevitable hacia un futuro mejor (....). Es la utopía de la sociedad perfecta del mercado total, que anuncia la destrucción como el camino realista de la construcción”²³.

b) El incremento exponencial de la producción y el consumo. Cuanto más crecimiento, cuanto más elevada sea la producción y el consumo, más cercano estará ese horizonte metafísico del mercado de hacerse carne entre nosotros.

Este planteamiento hipotético acerca de la ganancia, la utilidad y el apremio cuantitativo de unos y otros en orden a su maximización, junto a una racionalidad del crecimiento competitivo perfecto con respaldo económico en el bienestar, han hecho de la competencia, o sea, de la ganancia y la utilidad maximizadas, su empeño inmarcesible. Es precisamente esta convicción larvada en la memoria del operador mercantil la que sigue lubricando modelos de desarrollo demasiado voraces y expeditivos.

El afán de ser cada día más competitivo, como condición constante de aproximación al equilibrio, ha dado lugar a una rotación tecnológica irracional. Los bienes son cada vez más efímeros y el consumo deviene brutal e irracional. La fluctuación de modas, la reducción de la vida media de los bienes de consumo, son buena prueba de ello. Sus efectos como la marginación social, la toxicidad ambiental, la insalubridad

acaban siendo absueltos a fuerza de ignorarlos voluntariamente²⁴. Repárese sino en el ahogo creciente del ochenta por ciento de la población, la destrucción a escala de nuestro entorno natural, el aniquilamiento sostenido de múltiples culturas expresivas de otras formas de concebir el mundo y la naturaleza. El último informe anual del *World Watch Institute* no deja lugar a dudas. “Estamos atravesando la mayor ola de extinción de animales desde la desaparición de los dinosaurios hace 160 millones de años”²⁵.

En fin, digamos para concluir que el uso

indiscriminado de la libertad no regulada, que postula este nuevo liberalismo optimista y extenso, ha revalorizado el mercado como sistema de asignación óptima de recursos, pero ha des-valorizado los resultados de la intervención del Estado en la actividad económica. Y, lo que es peor, ha dado origen a un mundo asimétrico²⁶ cargado de riesgos para el sostenimiento de la vida humana y no humana. Tiempo ha que los bosques y el torrente de los ríos desperataban emociones. Ahora sólo nos queda el lirismo de la metrópoli y el grado cero de la economía. Lo dicho, estamos borrando el planeta azul.

N o t a s

¹ Fracaso que juzgaban indeclinable, entre otras razones, por la imposibilidad de que desde estructuras eminentemente centralizadas y concentradas en el Estado (los Gosplan), se pudiera rivalizar con la aptitud demostrada del mercado en la asimilación y transmisión de la información que requiere el funcionamiento de toda actividad económica; y por la disipación del incentivo empresarial, sustituido por el apercibimiento de sanción para el incumplimiento de objetivos, que acarrea la ausencia de competencia.

² UMBRAL, F., “El contexto”, en *Los placeres y los días*, El Mundo 30/10/02.

³ TOURAINE, A., *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 21.

⁴ Cuyo discurso obra, cual astilla clavada, en nuestra conciencia. Tanto es así que ni reparamos en sus efectos. Nos envuelve, nos rodea, nos posee *en todas partes*, pero no podemos discernir como funciona ni cuál es el alcance de sus efectos sobre la realidad. Opera como una “prisión para nuestra mente”. Es lo que se ha venido en llamar por I. RAMONET

“el pensamiento único” que es asumido, parafraseando a CAPELLA, “como dogma por los principales órganos de opinión económica mundiales a la que le sirve una policía de pensamiento omnipresente: son agentes suyos desde los decanos de la facultad, catedráticos (...) de universidad hasta directores de medios de masas y ejecutivos de la industria editorial y la publicidad”. CAPELLA, JR., *Fruta Prohibida. Una aproximación histórico-teorética al estudio del derecho y del estado*, Trotta, Madrid, 1997, p. 266. V. asimismo a TOURAINE, A., Op. Cit., p. 28 *et sequens*.

⁵ Tradicionalmente se ha considerado a ADAM SMITH como el auténtico precursor no ya de la doctrina del *laissez faire*, sino de la propia ciencia económica clásica, lo cual es discutible si nos remontamos a 1767 y reparamos en las aportaciones del que fuera su antecesor JAMES STEWART en su obra titulada *Investigación sobre los principios de la economía política*, sino de la doctrina del *laissez faire*.

⁶ Este es el punto de partida del sistema socio-económico, el que moviliza la construcción social perfecta del orden: el deseo de dar

satisfacción a nuestras iniciativas privadas, de concitar y dar alcance a nuestras ambiciones más íntimas y fragmentarias. Veamos sino la rotundidad con se manifiesta en este punto el sociólogo norteamericano D. BELL: “El principio económico – el cálculo racional de la eficiencia y el rendimiento – ha sido eficaz en la elección de medios, a fin de incrementar la producción, pero el motor que comenzó a impulsar el sistema socioeconómico (tanto en su forma comunista soviética como en su forma burguesa occidental) ha sido la pródiga idea de los deseos privados y los fines ilimitados”. BELL, D., *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1977, p. 213.

⁷ Téngase en cuenta que en el contexto social de las llamadas sociedades irracionales o sociedades precapitalistas la acción económica de los sujetos no adquiere tanta relevancia en la construcción del orden social. Antes bien, se manifiestan y se disuelven en él. V. ADDA, J., *Globalización de la economía*, Madrid, Sequitur, 1999, pp. 5 a 30.

⁸ El creciente interés social por la oportuna distribución de los ingresos (de la riqueza) entre capitalistas (RICARDO) o propietarios de medios de producción (MARX) en un momento histórico en que el mundo bogaba invariablemente hacia la industrialización, la división progresiva del trabajo y la consolidación de los sistemas de mercado como organizadores de la actividad económica y constructores de la realidad social, se reflejaba en la literatura social de la época (KINGSLEY, CARLYLE, JEFFERSON, etc). Qué mejor forma de comprenderlo que a través del texto de KINGSLEY, un socialista cristiano providencial y vocacional, arremansado en las responsabilidades sociales y detractor de las falsas esplendideces del optimismo económico liberal, quien nos esclarezca el alacre férreo e industrial del *laissez-passer*: “Pero tú puedes recordar tanto como yo, cuando una delegación nuestra acudió a un miembro del Parlamento, que tenía fama de ser filósofo, economista y un liberal, y le expuso la miseria y penuria crecientes de nuestro oficio y de los relacionados con él; recuerdas su respuesta: que, aunque le agradaría poder ayudarnos, era imposible, él no podía alterar las leyes de la naturaleza, los salarios, estaban regulados por la competencia

entre los hombres, y ni el Estado ni nadie debía entrometerse en los acuerdos entre patronos y obreros, pues esas cosas se regulaban solas a través de las leyes de la economía política, a las que era una locura y un suicidio oponerse”. (KINGSLEY, CH., *Alton Locke*, 1850) V. GORDON, S., *Historia y filosofía de las ciencias sociales*, Ariel, Barcelona, 1995, p. 254 y 255. O este otro texto, no menos cargado de realismo de 1875 atribuido a SIMILES, S., en *Frugalidad*: “Cuando estallan el tifus o el cólera, nos dicen que nadie tiene la culpa. ¡Ese terrible Nadie! ¡De cuantas cosas tiene que responder! No hay en el mundo quien haga tanto mal como Nadie. Nadie adultera nuestra comida. Nadie nos envenena con bebidas malas. Nadie nos suministra agua hedionda. Nadie difunde la fiebre en los callejones y en las callejas sin barrer. Nadie deja las calles sin alcantarillas. Nadie llena las cárceles, penitenciarías y comisarías. Nadie hace furtivos, ladrones y borrachos. Nadie tiene una teoría, además (...) una teoría horrible. Está encarnada en dos palabras: *laissez faire* (...) “dejadnos en paz”. Cuando envenenan a la gente con yeso mate mezclado con harina, el remedio es “dejadnos en paz”. Cuando se utiliza *Cocculus indicus* en vez de lúpulo y los hombres mueren prematuramente, es fácil decir: “Nadie lo hizo”. Dejad que quienes puedan descubran cuándo se les engaña: Caveat emptor. Cuando la gente vive en viviendas hediondas, dejadla en paz. Dejad que la desgracia haga su trabajo; no pongáis obstáculos a la muerte”. V. GORDON, S., *Op. Cit.*, p. 256.

⁹ Hay que agradecer la claridad expositiva con que los relaciona en una de sus obras más conocidas, *Ilustraciones de economía política* que elaborara entre los años 1832 a 1834, en una sección *ad hoc* destinada a *resúmenes de principios*. Transcribamos algunos: P.II. “Los intereses de las dos clases de productores, trabajadores y capitalistas son los mismos: la prosperidad de ambos depende de la acumulación del capital”; P.XVII “a través de un intercambio universal y libre, se establece un sistema absolutamente perfecto de economía de recursos. Como el interés general de cada nación exige que haya libertad perfecta en el intercambio de mercancías, cualquier limitación a esa libertad, con el propósito de beneficiar a una clase concreta o a unas clases, equivale

a sacrificar un interés mayor por otro más pequeño (...), es decir, un pecado de gobierno”; P.XXIII “Dado que el gasto público, aunque necesario, es improductivo, debe limitarse (...). Sólo es justificable que se gaste lo necesario para la defensa, el orden y la mejora social”; P.XXIV “Un sistema fiscal justo debe dejar a todos los miembros de la sociedad exactamente en la misma situación en que los halló”. MARTINEAU, H., *Ilustraciones de economía política*, en GORDON, S., Op. Cit., p. 261.

¹⁰ V. ARIÑO, G., *Principios de Derecho público económico*, Granada, Comares, 1999, pp.5 y ss.

¹¹ No en vano, el derecho moderno, como objetivación fuerte y concentrada del Estado, no ha sido ajeno en su configuración categorial a la consolidación progresiva del orden burgués y su replanteamiento de las relaciones de comercio. El derecho privado es una prueba inequívoca de la idoneidad de los distintos institutos jurídicos a la acumulación capitalista. V. GALGANO, F., *Las instituciones de la economía capitalista*, Valencia, Fernando Torres Ed., 1980, pp. 42 y ss. El contrato se constituye en el instrumento jurídico por excelencia para la regulación del tráfico patrimonial y la formalización de las relaciones de empresa, al tiempo que servirá de referente para la formación del derecho público. V. en este sentido a CAPELLA, J.R., *Fruta Prohibida. Una aproximación histórico-teórica al estudio del derecho y del estado*, Op. cit., pp. 123 a 153. V. asimismo a SOMBART, W., *El apogeo del capitalismo*, México, F.C.E., 1984, pp. 10-13. Cfr. a BARCELONA, HART y MÜCKENBERGER, *La formación del jurista. Capitalismo monopolítico y cultura jurídica*, Madrid, Civitas, 1983.

¹² HAYEK, F., *Individualismus und Wirtschaftliche Ordnung*, en HINKELAMMERT, F., *Crítica de la Razón Utópica*, Desclée, Bilbao, 2002, p.160.

¹³ A este planteamiento orientó buena parte de sus esfuerzos L. WALRAS cuando recreaba un escenario figurado de licitación multitudinario, ahora sería global, en el que compradores y vendedores anunciaban públicamente el condicionado de sus pretensiones así como de las vicisitudes de cada cambio comercial, posibilitando que tanto unos como otros rebajaran y adaptaran recíprocamente sus

pretensiones. El objeto de esta simulación no era otro que demostrar la existencia de procesos con capacidad de posibilitar un equilibrio en todos los mercados, en el que interactuaran todas las actividades económicas.

¹⁴ Repárese, para una comprensión más amplia y sosegada, en el propio origen del término maximización. No es casualidad que el orden socio-económico resultante de los procesos de la modernidad (el burgués) no tardara en asumir el utilitarismo como filosofía, con sus percepciones hedonistas del placer y el dolor, como tampoco es accidental, parafraseando a D. BELL, que BENTHAN, el padre del utilitarismo, “acuñara el rudo neologismo maximización”. BELL, D., Op. Cit., p. 213.

¹⁵ No obstante la rivalidad patente en los circuitos financieros españoles, las Cajas de Ahorro han ido haciéndose de manera paulatina y eficaz con una cuota de mercado cada vez mayor. La razón, pese a la pretendida ineficiencia que se les atribuye desde la patronal bancaria, estriba en su mayor sensibilidad tanto a los problemas sociales de distinta índole que acucian a los ciudadanos, como en la prioridad con que ha afrontado la satisfacción de las necesidades domésticas de las familias, siempre previsibles, discretas y constantes.

¹⁶ MARINA, J.A., “Elogio del politeísmo económico”, en el diario *El Mundo*, 23 de mayo de 2.003.

¹⁷ Al menos así se alude al primado del beneficio por SOLORZANO, N.J., *Esta globalización: de los nuevos mitos al contexto*, texto impreso (s.e), 2.002, p. 4.

¹⁸ Véase sino nuevamente al Profesor HAYEK, F., en el texto que se extracta a continuación: “Es cierto que sus sistemas de ecuaciones que describen el modelo de equilibrio del mercado están contruidos de tal manera que, si pudiéramos rellenar todos los espacios de su fórmulas abstractas, es decir, sí conociéramos todos los parámetros de las ecuaciones podríamos calcular los precios y cantidades de todas las mercancías y servicios vendidos”. HAYEK, F., “La pretensión del conocimiento”, en *¿Inflación o pleno empleo?*, Madrid, U. Editorial, Madrid, 1976), en HINKELAMMERT, F., *Crítica*

de la razón utópica, Bilbao, Desclee, 2.002, p. 136.

¹⁹ No creo que se perciba otra cosa de la mirada M. FRIEDMAN: “Claro, que la competencia es un modelo ideal, como una línea o un punto de *Euclides*(...). De la misma forma, la competencia ‘perfecta’ no existe (...). Pero al estudiar la vida económica de los Estados Unidos, cada vez me impresiona más la enorme cantidad de problemas y de industrias que se comportan como si la economía fuera competitiva”, como si fuera perfecta. FRIEDMAN M, *Capitalismo y Libertad*, Rialp, Madrid, 1966, en HINKELAMMERT, F., *Crítica de la...*, Op. Cit., p. 171.

²⁰ V. Ibíd., pp. 165 *et sequens*.

²¹ Lo que contrasta sobremanera con la realidad muy diferente de las diversas ayudas públicas que se han prodigado tanto en EEUU –que ya desvelará el Informe Aschauer bajo la presidencia de Bill Clinton - como en algunos países de la Unión Europea para la reactivación económica y la revitalización productiva de grandes empresas, especialmente en los ramos de infraestructuras, transporte, telecomunicaciones y energía. Una práctica que pondría en entredicho la pretendida “falta de virtualidad productiva” predicable del sector público a manos de este nuevo liberalismo.

²² V. MONEREO J.L., “El derecho de la economía (Estudio Preliminar)”, en RIPERT, G., *Los aspectos jurídicos del capitalismo moderno*, Granada, Comares, 2001, pp. XXV *et sequens*. Cfr. también HABERMAS, J., *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 428 y ss.

²³ HINKELAMMERT, F., *El Grito del Sujeto*, DEI, S.José (Costa Rica), 1998, pp.239 y 240

²⁴ V. CLIMENT, V., *Producción y crisis ecológica. Los agentes sociales ante la problemática mediamambiental*, Ed. Universitat de Barcelona, Barcelona, 1999.

²⁵ Un informe que alerta de los riesgos del desarrollo económico exponencial en la biodiversidad (p.ej. el ritmo de desaparición de las aves es 50 veces más elevado que el proceso natural de extinción de especies); en la energía (hemos duplicado en apenas 50 años el

consumo de combustibles fósiles, el dióxido de carbono sigue creciendo a ritmos incontrolables, los glaciares se derriten, el mar subirá 27 cm a final de esta centuria, ...); en la salud (la OMS estima que al menos 5.500 niños mueren cada día a causa de enfermedades relacionadas con la contaminación de alimentos, del agua o del aire, que al menos 1 millón de nativos muere cada año debido a la malaria, una enfermedad que ha sido erradicada del primer mundo y que, ni tan siquiera padecen los turistas que visitan las tierras de quienes mueren en ellas a causa de la misma...); etc....

²⁶ Vivimos en una tierra de muchos y de poco, que dijo SARAMAGO. Es este un planeta donde 800 empresas producen el equivalente a la renta de los 144 países más pobres. Su contribución al PIB mundial alcanza nada menos que el 11% y sus activos representan el 60% de los mercados de valores. Así se expresa el Informe divulgado conjuntamente por el Instituto de Formación e Investigación de Naciones Unidas (UNITAR) y el Observatorio de Finanzas de Suiza. Lo dicho, tierra de mucho para sólo para unos pocos.

